

Imagino a Juan Domingo Argüelles tratando de cifrar en palabras los descubrimientos cotidianos, sus memorias de infancia, sus visiones del paraíso personal, que en su caso es un mar primordial, intacto, con el que recupera aquello que cree perdido y que sólo los sueños o la poesía pueden restituirle. Juan Domingo ha descubierto que no debe ser otra la función de la poesía, sino recuperar para el mundo el encanto de vivir.

Hace quizás un año o dos, presenté *Canciones de la luz y la tiniebla*, de Juan Domingo Argüelles y escribí:

En medio de la cauta serenidad de casi todos los poemas, podemos entresacar imágenes, estrofas, líneas, de altísima densidad, memorables, estremecedoras: 'aquel tiempo feroz que temblaba en tus manos', 'la existencia feroz y amorosa y temida', 'mas no por el dolor de saberla perdida/es la dicha de amor menos sublime', 'Sentado en un jardín/has mirado por horas/el paso sin cesar/de la belleza, y la sola mirada/es un don del infinito', 'Suave es la noche como la infancia/que perdimos:/única patria a la que volveríamos'.

Hoy vuelvo a leer estas líneas y de nuevo certifico que para él, como para todo auténtico poeta, la vida es un don que hay que celebrar.

Ahora otro don, el de la hermandad, me otorga el privilegio de estar en el bautizo de este nuevo libro, *Agua*

¹ Texto leído durante la presentación del libro, en la Casa de la Cultura Jesús Reyes Heróles, en Coyoacán, el 23 de noviembre de 1993.

bajo los puentes,² premio Gilberto Owen, en el que se repiten las virtudes del texto anterior. Quien disfruta de la gracia de la poesía difícilmente puede perderla. Se tiene o no se tiene. No se adquiere ni se encuentra. En este mundo cada vez más materializado me da gusto que los premios los reciban quienes los merecen y que unos poetas hermanos se los otorguen a otros poetas hermanos, y que todos formen una hermandad de supervivencia contra un universo cada vez más adverso a la poesía, más impermeable a la imaginación, cubierto por una capa de asfalto y por una telaraña magnética formada por imágenes sin sustancia, que están asfixiando ese tercer don, sin el cual el paisaje espiritual sería completamente árido, el de la creatividad.

¿Qué hallo en este nuevo libro de poemas? La persistencia de una vocación de belleza, el intento de recuperar lo mejor de la infancia, un canto al amor, a la familia, a los hijos, a lo que tan noble y generosamente nos fue dado. Hallo la sosegada batalla por establecer y defender unos valores incommovibles, que hunden sus raíces más en los sentimientos estéticos y éticos, que en dogmas o políticas de emergencia.

La infancia es una playa con gaviotas
Las olas van y vienen y las arenas
resplandecen al sol.

² Juan Domingo Argüelles. *Agua bajo los puentes*, Colección Luzazul, Dirección General del CNCA, México, 1993.

Sencillez, humildad, falta de pretensiones, elusión de cualquier grandilocuencia.

Somos lo que tocamos
al despedirnos de la infancia.
Yo toqué el mar.

Juan Domingo no descubre ninguna verdad oculta. Sólo ilumina las evidentes y las presenta en forma poética. No aspira a inventariar el mundo, como Neruda; ni pretende atrapar la visión arquetípica, como Jorge Guillén; ni siquiera intenta ponerle o descubrir música en todo, como Lorca. Se contenta con registrar.

Amanecer,
no digo tu nombre en vano.
Tu renacer
es una dádiva en mi mano.

Hay una actitud fervorosa en la poesía de Juan Domingo. Unos ojos de encantado. La realidad le ofrece donosas fuentes de felicidad, y ello lo llena de vigor. Es comprensible que este tipo de personas discurren por el mundo sin siquiera darse cuenta de que existen insidias y miseria. Ingenuidad, reverencia, optimismo, falta de malas intenciones, son características de esta especie humana, la de los poetas amorosos, descendientes de la raza de Abel, de los ángeles que decidieron ser fieles y que, por ello, prefieren celebrar el mundo que criticarlo.

Hallo poemas espléndidos en este libro. Poemas que parecen escritos en estado de absoluta lucidez, de recia profundización en la esencia de la naturaleza. Tal es el caso de "Limonero en abril", que no sólo nos ofrece el dis-

frute de esa obra maestra de la naturaleza que es un limonero sino que nos entrega su más íntimo, sereno y feliz significado:

Pensaste que era sólo el limonero
y era el tallo del mundo
erguido por tus manos.

Como en anteriores poemarios descubro en el envés del tapiz algunas líneas que se me antojan torcidas, estrofas ya vistas o algo débiles que me despiertan al bárbaro inquisidor que llevo dentro. El texto que subyace al título "Variación" me estorba. Es como un relleno que la premura no le permitió acrisolar al poeta. La perfección no es una de las virtudes de la poesía de Juan Domingo, y la fortuna de reconocer esto le permite recurrir a la prueba y el error, que en más de una ocasión le han ofrecido iluminaciones, que son, sin duda, las que se recordarán de su paso por el territorio de las letras.

Escribe Günter Blocker:

El poeta es capaz de una simpatía universal, posee el don de ver, de asombrarse, de identificarse con las cosas y, sobre todo, el don de la palabra.

No dudo que tales aseveraciones pueden aplicarse a Juan Domingo Argüelles. *Agua bajo los puentes*, el nuevo libro de este poeta amigo es un cimiento sobre el cual Juan Domingo sigue edificando la ciudad de espejos limpios que es su poesía, una poesía que ve el mundo con ojos de encantado, de hombre feliz, de enamorado.

Marco Tulio Aguilera Garramuño